

SALUDO Y DESPEDIDA A ENRIQUE BELLO

Enrique Bello, director de este "Boletín" desde su fundación, se ha retirado de las labores universitarias acogiéndose a jubilación. Contrariando las habituales normas de sobriedad e impersonalidad que ha sabido impartirle a esta publicación, no podemos menos que dejar una constancia de nuestro saludo de despedida y agradecimiento a una de las figuras señeras del periodismo de arte y la extensión cultural en nuestros medios durante más de treinta años. Nadie desconoce su labor al frente de "Pro Arte", semanario indispensable de consultar para quienes quieran seguir el movimiento cultural chileno y del exterior durante la década del 50, luego de "Ultramar" y la "Revista de Arte" de esta Universidad. Secretario de la Sociedad de Escritores de Chile durante varios períodos, la ha representado con singular galanura como asimismo a la Universidad, en numerosos Congresos de Escritores y acontecimientos artísticos de Chile y del extranjero: Génova, Dakar, São Paulo, Berlín Oriental, Ciudad de México, entre otros.

Escritores, funcionarios de esta Universidad y amigos personales le ofrecieron una manifestación de despedida en el Casino de la Sociedad de Escritores, el pasado 3 de mayo, Hablaron Ariel Peralta, a nombre de los colaboradores del "Boletín", Braulio Arenas por los escritores, Gustavo Becerra, a nombre de sus amigos y los colaboradores de "Pro Arte", María Cristina Menares por la Sociedad de Escritores y Jorge Teillier por la redacción del "Boletín". Reproducimos a continuación las palabras de este último.

"Permítaseme entrar como un temeroso forajido a una casa en donde todos los invitados aún están despiertos, permítaseme ser sorprendido y sorprender a todos con esta invasión no esperada, pero inevitable en todo festejo luego que tenedores y vasos se entrechocan como viejos amigos. Quiero empezar a hacer el rápido retrato de nuestro festejado en el lenguaje que a él le conviene, en el de los Ingeniosos Hidalgos y caballeros andantes que luchaban contra los dragones de la rutina y la realidad.

Este que aquí veis junto a nosotros es Enrique Bello que nació hace ya sesenta años en un lugar de la provincia de Concepción de cuyo nombre no puedo acordarme, que bebió en las mañanas la leche del alba y de las vacas recién ordeñadas, que como todo provinciano atravesó el país en un tren nocturno para llegar a la Capital, y que al llegar a la Capital se lanzó contra molinos de viento y desalmados gigantes que oprimían a nuestro pueblo: el capitalismo, la ignorancia, la miseria.

Dio asilo alguna vez a Elías Lafertte, cantó con puño en alto la Internacional, se enfrentó contra las criollas camisas pardas, se enfrentó también contra la vida y se le vio ganándose

el pan nuestro con los dedos manchados de tinta de imprenta, tecleando máquinas de escribir, llevando apresurados reportajes a esas horas en que los ángeles de la traspasada cuidan que los perdidos encuentren la llave de su casa y los panaderos regresan de su nocturno oficio. Y cuando como un ramo de aromos se encendió el primer gran triunfo del pueblo con el pequeño don Pedro Aguirre Cerda, mucho había contribuido el ramo encendido de la prensa proletaria, del diario "Frente Popular", dirigido por Enrique Bello.

Primero acompañando a la recién nacida Orquesta Sinfónica, luego desde su gran reducto de "Pro Arte", que fundó y dirigió tantos años, se llenó de no pocas canas y cicatrices, pero también de esas hermosas condecoraciones, no visibles como las de los generales o bomberos, sino invisibles y vivas para siempre para quienes admiran a quien en un medio hostil y cerrado como es el nuestro —y mucho más entonces— abren una ventana al mediodía interminable del arte y del saber. Gracias a él, poetas y escritores, folkloristas y hombres de ciencia, músicos y arquitectos, pedagogos y médicos, han tenido al generoso aliciente que hace que las letras vivas de la imprenta den a la luz lo que de otra manera habría quedado como letra muerta en olvidados cajones.

Se ha visto a nuestro homenajeado por el mundo, interrogando a los inmutables mohais, fumando habanos en La Habana, con una camisa tropical en Cali, cerca de la estatua del caballito en México, armando carpas en la Patagonia, viendo danzar a los chinos en La Tirana, o ya en su hogar junto a Rebeca preparando la melodía pura de una flauta, el plato de la amistad, encendiendo el fuego del vino. El tableteo de la máquina de escribir lo ha acompañado siempre, y ha desperdigado miles de páginas por los cuarenta años del camino de su vida. Pero ¿acaso se preocupa el árbol de las hojas que deja caer? Otros las recogen, él no es responsable, se despreocupa, sabe que cada nueva primavera lo llenará con nuevos brotes. Escritor de toda la vida, por eso nos reunimos bajo la Casa del Escritor, que tanto quiere y cuida.

Pero no debo hablar sólo del hombre o del escritor, o del maestro o del amigo, sino también del funcionario que se acoge a jubilación como diría horriblemente el Diario Oficial. Debo hablar que él no ha sido ni un burócrata ni un jefe, que ha dado vida al papel cansado de las oficinas, que ha desarchivado los archivos, que no ha querido firmar oficios para ser devorados por ratones, que ha ignorado las sabias tramitaciones en las cuales son expertos tantos empleados públicos, y que en la Casa Central cuyas escaleras ha subido y bajado tantos años, frente a la plácida presencia de don Andrés Bello, Enrique Bello siempre ha sido una presencia como una hoguera en torno de la cual todos sus compañeros sin excepción de grado o jerarquía o edad, han sentido el limpio calor de la amistad. El cuello duro de la burocracia oficial lo transformó en una deportiva camisa abierta puesta a navegar por los vientos del país y de todo el mundo.

Por eso, neguémosnos a verlo como el jubilado, como el señor cuya imagen nos hace asociarlo a alguien que da de comer a las palomas en las plazas o busca los últimos resplandores de un fatigado sol de otoño. Neguémosnos a la despedida, celebremos sólo su oportunidad para un descanso que le dará fuerzas para nuevas tareas.

Y digamos que aquí nos reunimos, modestos funcionarios, sabios hombres de ciencia, laureados escritores, profesionales, para saludarlo y decirle que no queremos verlo perderse en nuestro cielo como el famoso Teniente, sino que en el cielo de nuestra amistad y recuerdo estará siempre brillando como la más luminosa estrella".